



aprecio pastoral del celibato

M. USTARROZ, S. J. •

Los fieles de la Iglesia Occidental se interrogan acerca del celibato de sus sacerdotes. La discusión conciliar con la restauración del diaconado, han incitado a tratar el tema. Aquí nos vamos a limitar a algunos puntos esenciales. ¿Qué significa el celibato? Lo referiremos al matrimonio en una primera apreciación. El célibe renuncia al matrimonio en circunstancias especiales. Luego veremos lo característico de esta manera de vivir cristiana.

I

Por el celibato, ¿no se renuncia al sexo? Ya Carrel había observado que las personas de una vida religiosa superior poseían una capacidad sexual por encima de la ordinaria (1). El dimorfismo sexual no tiende sólo a la procreación de lo corporal que hay en el hijo. A esta generación de lo corporal se renuncia por el celibato. Pero la finalidad superior de los sexos se pone hoy en la división complementaria de las tareas humanas. El sexo masculino y el femenino bien definidos, apuntan a una complementación de dos tipos de personalidad para realizar con más plenitud el ideal humano, no sólo en el seno de la familia con la mutua ayuda y la educación de los hijos, sino en todo el desenvolvimiento cultural de la sociedad (2). Ni los célibes ni las vírgenes renuncian a este aporte personal de su paternidad y de su maternidad.

La renuncia se da a una actuación de las potencias generadoras en un plano físico y psíquico inferior que supone la

(1) ALEXIS CARREL: *La incógnita del Hombre*. 2ª ed. Bs. As., 1937, 156.

(2) Cfr. L. PROHASKA: *Pedagogía sexual*, 1ª parte, Barcelona, Herder, 1960.

ocupación de la sensibilidad y afectividad en la búsqueda y encuentro con el sexo opuesto para realizar los actos corporales que lo complementan. Esta renuncia al plano inferior de lo sexual tiene que tener una finalidad superior bajo pena de ser una mera disminución que nadie puede alabar.

Al hablar de renunciaciones chocamos con una tendencia de hoy que señala como maniqueas esas concepciones del bien y del mal personificadas sospechosamente: cielo-tierra, cuerpo-alma, carnal-espiritual... ¿No estaremos heredando una actitud maniquea que cree malo el acto sexual? Bienvenida la valoración de todo lo creado, de la ciencia, la técnica, el arte, el trabajo y todo lo humano. Pero no cerramos los ojos a la verdad. En lo sexual se manifiesta fuertemente el desorden que el pecado ha introducido en nuestra vida. No vamos a tratar de los desórdenes sexuales. Vamos a referirnos sólo al acto sexual normal, a la cópula perfecta (3). Si separamos este acto de su contexto matrimonial, ya no lo podemos llamar simplemente bueno. Y aún en el marco matrimonial, la cópula es perfectamente buena sólo cuando se hace vehículo de una complementación personal superior entre los esposos que se acercan por ella al que es fuente de todo ser y vida (4).

La unión personal de los esposos entre sí y su expansión en los hijos, resultaría a la larga anquilosada y fastidiosa, si no estuviera orientada por el Creador, de una manera pedagógica, hacia una finalidad más elevada. La atracción mutua de los esposos encuentra su expresión de diálogo amoroso en la unión sexual carnal en

la que tienden a unirse perfectamente las dos personas. Esto implica un proceso de espiritualización en el cual lo carnal ha de servir a la comunión espiritual (5). Si no se da esto, sobreviene el fracaso matrimonial. Los hijos, reflejo de esta unidad, multiplican en los esposos las fuerzas que los unen mutuamente, renuevan su amor (carnal, psíquica y espiritualmente) y al mismo tiempo le imponen un progreso serio para la tarea inefable de la generación espiritual, de la educación de su prole (6). En ella han de intervenir el padre y la madre si quieren que el hijo lo sea de los dos. En todas estas acciones de las partes, Dios quiere que el vínculo matrimonial sea un instrumento de salvación por Cristo. Es la gran novedad del matrimonio entre cristianos. Nos interesa comprenderla para entender la otra gran novedad cristiana del celibato (o de la virginidad). En el progreso de un matrimonio cristiano, la gracia sacramental va impulsando a los esposos a lograr lo que llamamos la familia cristiana, una pequeña comunidad eclesial en marcha ascendente hacia la plenitud de la vida eterna (7).

La fuerza de la gracia hace que las acciones de los esposos entre sí y sus relaciones con los hijos, sean una representación de las relaciones actuales de Cristo con la Iglesia (8). Esa representación es vehículo de gracia y ha de purificarse más y más en su proceso salvífico. Pero la representación no es aún la unión que

(3) Cfr. F. M. CAPELLO, S. J.: *De Sacramentis*. Vol. V. Marietti. 1950, 793 ss.

(4) L. PROHASKA, o. c. 249-50.

(5) "Y ahora haz que ellos te bendigan más y más". Introito de la misa de esponsales.

(6) E. BOISSARD. *Questions théologiques sur le Mariage*. Ed. du Cerf. París, 1948, 15-26.

(7) M. SCHMAUS. *Teología Dogmática*. Vol. VI. Rialp. Madrid, 1961, 713 ss.

(8) Id. 740 ss.

anhelamos en definitiva. La gracia impulsa al progreso, pero sólo se llega a una real unión de desinterés mutuo, al ágape, con la fuente pura del amor, al desaparecer la cópula carnal como medio de expresión del amor mutuo en Dios y hacia Dios (9).

El célibe y la virgen renuncian a ese proceso representativo por la realidad misma a la cual éste tiende. El celibato no vale porque se renuncie a algo muy valioso. Nosotros apreciamos el sacrificio de una vida que se aparta del gozo de la representación para ofrecerse como hostia pura por amor de la realidad, de la gran verdad que encierra.

II

La misma Iglesia que custodia la dignidad de este progreso matrimonial, nos habla del celibato y de la virginidad como de una plenitud mayor (10). ¿Por qué?

Si en el matrimonio hay un gran misterio que representa la unión de Cristo y la Iglesia, aquí aparece también un gran misterio, no de representación, sino de unión íntima y profunda entre Cristo y el hombre o la mujer (11). En la representación salvífica del matrimonio se da la unión carnal fecunda como signo representativo de la unión de Cristo y

la Iglesia. En el celibato (y la virginidad) se da el signo externo de la integridad sexual, pero este signo es indicador de la realidad salvífica, representada sólo, por el matrimonio. Por esto pudo decir el Concilio de Trento que es mejor y más feliz permanecer virgen o célibe que casarse (12). El primer paso de esta ascensión más feliz, es un encuentro libre y amoroso del hombre con Dios, con el Hombre-Dios (13). Este tiene la iniciativa y llama, después de disponer al hombre desde mucho tiempo atrás, para que pueda dar una respuesta personal perfectamente libre. Ya dijo San Agustín que hasta en la mujer de la que quiso tomar nuestra carne, quiso Dios una virginidad libre, con el amor de la elección, no con la necesidad del precepto (14).

Cuando el hombre o la mujer cristianos reciben este llamado y lo aceptan, comienzan a descubrir la hermosura y la fuerza de atracción del que tiene sus delicias en habitar en nuestra intimidad. Se lo va conociendo más y más en un diálogo interior en el que el hombre o la mujer van adaptando sus deseos e intereses más apreciados a los deseos del que va creciendo en ellos. También El se manifiesta y ama de tal forma que supera inmensamente los gustos y atracciones que ha desparramado en sus creaturas. Entonces se entienden las palabras de Jesús: "... el que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, mi madre y mi hermana" (15). Cristo nos hace palpar que el amor que nos une a El es el más

(9) A. CHRISTIAN. *Ce sacrement est grand*. París, 1943, 78-81. Cuanto más se interioriza y espiritualiza el amor de los esposos, va pasando a un plano menos importante la unión sexual como tal. La representación cede el paso a la realidad de un don recíproco cada vez más desinteresado y escondido en Dios.

(10) CONC. TRIDENTINO. Ses. 24. Can. 10 (D. 980).

1. Cor. 7, 32, 37, 40.

Encíclica "Sacra Virginitas" A. A. S. 1954, 175.

(11) Esta palabra "sacramentum", misterio, aplicada a los célibes y vírgenes, la emplea la Iglesia en el rito de la consagración de las vírgenes. Cfr. Nota 21.

(12) CONC. DE TRENTO. Ses. 24. Can. 10 (D. 980).

(13) Para la teología del Encuentro, ver O. SEMMELROTH, *Dios y hombre al encuentro*. Fax, Madrid, 1959.

(14) S. AGUSTÍN: *De Sancta Virginitate*, c. 4. P. L. 40, 398.

(15) Mat. 12, 46-50.

familiar nuestro, el único que puede plenificar nuestra sed de vida eterna (16). Uno que experimente esto ha de seguir creciendo en el diálogo divino hasta que el tiempo de la fe dé lugar a la visión de la realidad. Camino de luz, maravillosa expresión de la gracia en la tierra, donde no dejan de abundar sacrificios para bien de la Iglesia (17).

El celibato aparece causado por una unión con el que no tiene mancha de pecado. El célibe no tiene necesidad de engendrar físicamente: se siente más fuertemente comprometido con la Iglesia en una unión plena y fecunda. En eso no hace sino seguir los deseos de Aquel a quien ama. También El vivió así y es el que obra todo nuestro bien. Se ve lo inaceptable del término "soledad" aplicado a los célibes y vírgenes (18). Los Padres definen la virginidad como una unión espiritual con Cristo, un matrimonio espiritual con El. Recordemos las palabras de San Ambrosio, "*virgo est quae Deo nubit*", virgen es aquella que se desposa con Dios. La unión con Cristo amante de la virginidad es lo que da valor a esta forma de vida. Y Cristo quiso elegir una madre milagrosamente virgen. Estimó tanto esa virginidad que no la destruyó al nacer, ni permitió que lo fuera después. El vivió inocentemente toda su vida e invitó a los que querían seguirle a dejar esposa, hijos y todo otro familiar por el bien mayor del reino de los cielos (19).

[16] Cfr. Ju. 4, 14; 7, 37-39.

[17] Cfr. Luc. 9, 23.

[18] Enc. "Sacra Virginitas". A. A. S. 1954, 175.

[19] "En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres e hijos por amor al reino de Dios, dejará recibir mucho más en este siglo y la vida eterna en el venidero", Luc. 18, 29.

Es el mismo estilo que sigue Jesús ahora cuando inspira la pureza perfecta y la abnegación del mismo matrimonio a los que quieren seguirlo más de cerca.

Pero ¿no sería mejor que con el matrimonio espiritual existiera el carnal también, que la unión interior con Cristo estuviera representada por la unión física de los esposos? Prescindiendo de esta conveniencia en algún caso (20), se debe admitir con facilidad que la consagración a servir a Dios se da normalmente en el celibato o la virginidad. Sólo ésta da plena libertad para trabajar totalmente por Dios y el bien de la Iglesia. Esto sucede no sólo por la preocupación que debería tener el apóstol por el cuidado de su familia, sino por el "fastidio" (21) de la misma unión matrimonial. A pesar de la elevación que le da el sacramento (éste tiene que obrar procurando la sujeción de las facultades inferiores del hombre a la recta razón), el uso del matrimonio distrae la inteligencia y el corazón de los hombres de una entrega total a los intereses de Dios (22).

[20] Enc. "Ad catholici sacerdotii fastigium". A. A. S. 1936, 24-24. Enc. "Sacra Virginitas". A. A. S. 1954, 169. Se refirieron a la costumbre oriental de permitir el matrimonio antes de la ordenación, y notaron cómo también los orientales tenían en gran aprecio al celibato eclesiástico.

[21] La palabra "fastidium" es la que usa la Iglesia en el rito de la consagración de las vírgenes: "...sublimiores animae quae in viri ac mulieris copula fastidirent connubium, concupiscerent sacramentum, nec imitarentur quid nuptiis agitur, sed diligerent quod nuptiis praenotatur". Pont. Romano. De benedictione et consecratione virginum.

[22] S. Pablo reconoce que los casados pueden abstenerse del uso del matrimonio para estar libres en la oración por algún tiempo: 1 Cor. 7, 5.

Sto. Tomás nos dice que el uso del matrimonio aparte el alma para que no se dirija totalmente hacia Dios: S. Th. 2a. 2ae. q. 186 a. 4. Enc. "Sacra Virginitas" A.A.S. 1954, 169 y 176.

San Pablo indicó lo mismo al recomendar la virginidad y permitir el matrimonio (23).

III

Conforme a lo dicho, lo que el sacramento del matrimonio mueve a obtener en los cónyuges, eso mismo ya se consigue al consagrarse uno a Dios por el celibato o la virginidad. (Ni se diga que el que contrae matrimonio recibe un sacramento y el que promete celibato, no, y eso indicaría la superioridad del matrimonio sobre el celibato. ¿Acaso es mejor recibir el sacramento de la penitencia que no recibirlo porque no se lo necesita? Los sacramentos son para ayudar al hombre y sólo cuando se ayuda de ellos para su salvación, cumplen con su fin). Toda la Iglesia se enriquece con un testimonio semejante de la presencia de Cristo en medio de los hombres. La paternidad y la maternidad humanas se aumentan al engendrar hijos no para esta tierra sino para la vida eterna (24). Las misiones, los hospitales, los leprosarios, los asilos, los trabajos de tantos que consagran sus vidas a la educación de los jóvenes, a las labores santas de la parroquia, al alivio de los desheredados de este mundo, la caridad de los contemplativos que se ofrecen en sacrificios y oraciones por el bien de todos, son realidades unidas a las vidas de miles de célibes y vírgenes consagrados a servir a Dios y a los hombres. De ahí que los fieles acu-

sen como una tragedia la caída de estas personas. Sin dejar de percibir las deficiencias propias de todo lo humano, no podemos negar la alegría, la libertad interior y la fortaleza de tantos consagrados al Señor que, lejos de ver por esto disminuía su personalidad humana, la han elevado con su fe profunda (25).

No queremos decir por esto que todo célibe o virgen viva estas realidades. La experiencia nos dice que hay quienes no avanzan, no evolucionan, sino que se quedan y retroceden infantilmente a estadios inferiores. Ningún estado eclesiástico está libre de esta amenaza, de estos desastres personales. Ni el hecho de que la virginidad o el celibato sea mejor que el matrimonio, significa que tal persona célibe sea superior a cualquier casado. San Agustín advertía a las vírgenes que su mejor defensa y su virtud era la humildad fundada en la verdad. No sabemos, decía, si la persona casada a quien se prefiere la virgen, tiene un amor de Dios más ardiente y generoso capaz de aceptar la prueba del martirio, que es superior a la virginidad (26).

Lejos de rechazar a los célibes y vírgenes, nuestras comunidades cristianas han de sentirse confortadas por su presencia. Para los casados y para toda la Iglesia, son una invitación viviente a la pureza y la unión con Dios libre de trabas. La continencia piadosa es un alimento angelical, es la meditación de la incorruptibilidad perpetua en la carne corruptible (27). ♦

(23) I Cor. 7, 33.

(24) Cfr. Luc. 18, 29.

Enc. "Menti Nostrae" A.A.S. 1950, 663. Por la ley del celibato, el sacerdote, lejos de perder el oficio de la paternidad, lo aumenta inmensamente por engendrar hijos para la vida eterna y no para esta vida caduca.

(25) Enc. "Sacra Virginitas" A.A.S. 1954, 176.

(26) S. AGUSTIN: *De Sancta Virginitate*, c. 47. P.L. 40, 424.

(27) S. AGUSTIN: *De Sancta Virginitate*, c. 13. P.L. 40, 401.